Dos Evangelios

Bienaventurados los pobres en espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.—MATEO, V 3.

Bienaventurados los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos es el reino de la Vida.—E. ZOLA.—*Verdad*, pág. 189.

Son dos épocas que se yerguen frente á frente, dos manifestaciones del pensamiento que se disputan el campo de las conciencias. De lo alto de un monte Jesús hiende con el arado de su palabra aquel fecundo campo; siembra.

Jesús fué un trabajador egregio, briosamente agitó el ariete de la idea; mas, al fin hombre, equivocó la vía. De ahí el fracaso de su esfuerzo.

El pensamiento de ese hombre resume una etapa de la Humanidad: la inconsciencia popular arrullada por la fantasía, arrumbando sus anhelos hacia una extraña finalidad, el Cielo. El Cielo que brinda sus puertas á la inacción, á los mansos, á los resignados, á los imbéciles, á los que sonríen á cada nuevo escozor de los latigazos que sobre ellos descarga el postillón audaz, á los que realizan la jornada de la existencia llevando tranquilamente á la espalda un costal de oprobios como único bagaje, á los que enajenaron las alas de su inteligencia, á esos pobres corazones brinda sus puertas el Cielo. A esa inmensidad de oprimidos, á ese oceano de desventurados canta Jesús cuando desde lo alto de un monte siembra. Canta aquella mansedumbre, estimula aquella resignación y, al ponderarlas, adormece el dolor que se desespera sobre el inmenso campo que rasga con el arado de su palabra.

El verbo del fatalismo vibra tristemente en el Sermón de la Montaña y como tósigo cae sobre los tumultos de rebeldías en germen, sobre las muchedumbres oprimidas, ávidas de justicia, hartas de miseria, futuras á rebelarse.

El Sermón del Monte torna los encrespados oleajes de protesta, la bravía rompiente que comienza á batir en los cimientos de la añosa construcción social, en mansa onda de un mar callado, muerto.

La vieja época se cristaliza en el Sermón de la Montaña; es el alma de siglos difuntos que hoy batallan por reconquistar las fortalezas de la edad presente.

El Evangelio del Monte es el documento sociológico que marca, en el trayecto de los siglos, el instante en que los hombres constreñidos entornan la mirada, deponen sus altiveces y soportan indiferentes las intemperancias de todos los despotismos, fijos sus anhelos en un Edén apenas entrevisto y ya codiciado, en aquel Cielo vagamente adivinado, en la gran recompensa anunciada por el hombre que con mayor ventaja adormeciera en el regazo de su palabra una surgente de protesta, una rompiente bravía. Para conseguirlo, los hombres se tornan imbéciles.

He ahí la obra del Sermón de la Montaña.

Otra es la Buena Nueva que los trabajadores del moderno pensamiento van pregonando por el mundo.

Uno de los más bizarros, caído en la brega, despliega el pensamiento de su siglo así:—No, no! Los pobres de espíritu son forzosamente rebaño, carne de esclavitud y de dolor. Mientras haya pobres de espíritu, habrá multitudes de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una ínfima minoría de ladrones y bandoleros. Llegará un día en que haya una humanidad feliz, que será una humanidad que sepa y quiera. ¡Bienaventurados los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos será el reino de la Vida!

Tal es el grito de combate de la idea en marcha, avanzando siempre; es la Buena Nueva contada al mundo en un arranque de vibrante entusiasmo, de convicción ardiente; es el Nuevo Evangelio pregonado á la Humanidad anhelante de Justicia y de Verdad, desde la cumbre gloriosa del pensamiento libre.

RUBÉN COTO